

Muertos al río: violencia y memoria

Crónicas del paraíso

PATRICIA NIETO

Tusquets, Bogotá, 2022, 467 pp.

EN OCTUBRE de 2022 se aprobó en España la nueva Ley de Memoria Democrática. En las primeras líneas de su preámbulo, proclama que el impulso de estas políticas “se ha convertido en un deber moral que es indispensable fortalecer para neutralizar el olvido y evitar la repetición de los episodios más trágicos de la historia”, desde una perspectiva centrada en “fomentar su vertiente reparadora, inclusiva y plural”, y anclada en los principios de “verdad, justicia, reparación y garantía de no repetición, así como en los valores democráticos de concordia, convivencia, pluralismo político, defensa de los derechos humanos, cultura de paz e igualdad de hombres y mujeres”. Un marco interesante para acercarse, desde este lado del Atlántico —que sigue batallando con sus propios fantasmas del pasado para que no vuelvan a convertirse en horrores del presente, o del futuro—, a la obra de Patricia Nieto, una de las cronistas más conocidas de Colombia por su continua labor periodística y literaria, centrada, con particular tesón, en dar testimonio del sufrimiento a causa de las violencias políticas y sociales que han atenazado al país durante decenios.

“Desde 1965, Colombia le tira muertos al río”, dice la voz central de “Nadie los lloró”, un sepulturero circunstancial, un hombre “capaz de recoger muertos ajenos solo por misericordia” (p. 239). Este es uno de los principales leitmotivs del libro. Las crónicas, relatos o a veces breves vislumbres que compone y ofrece Nieto están muy centrados, geográficamente, en la realidad antioqueña (esa que la autora, nacida en Sonsón y profesora de la Universidad de Antioquia, mejor conoce y de primera mano): del Caicedo de “La pasión según Caicedo” al Puerto Berrío que enmarca todas las historias de *Los escogidos*, pasando por el Medellín de “Johana” y “Los cronistas no hacen eso”, o el Tarazá de “Insepulto”. Pero desde esos topónimos concretos, Nieto es capaz de hablarnos de un entero tejido social, y partiendo

de ese *topos* discursivo específico logra, sin duda, elevarse a lo universal desde lo local.

Crónicas del paraíso aún en un solo volumen dos de sus libros más aclamados, *Llanto en el paraíso* (2008) y *Los escogidos* (2012), junto a otra batería de textos que han sido agrupados en dos bloques heterogéneos, bajo los títulos de “Los soberanos” y “Baladas” (estas últimas piezas breves, de entre dos y cuatro páginas, prácticamente casi todas fechadas en 2014). En su conjunto, sin duda estas páginas se reivindicarán hijas, o hermanas, de varias estirpes centrales colombianas. Por un lado, las más explícitas: la del Gabriel García Márquez de “El ahogado más hermoso del mundo” (que aparece en “Margaritas para un desconocido” y en “Vestida de blanco”) y “La siesta del martes” (“Lo que aprendí de Gabo”); la poesía de Piedad Bonnett (que abre “Los soberanos”), o la de José Manuel Arango (“su apariencia / hace saber la roca / de la entraña: osaturas, declives mondos”). Por otro lado, la inevitable línea de continuidad con todos aquellos narradores colombianos que, a lo largo de las tres últimas décadas, han tratado (antes que ella, a la vez que ella, después de ella) de dar voz a las víctimas y de sumergirse en los recovecos y derivas más incomprensibles y lacerantes de la violencia para tratar de ofrecer una mirada sobre un país roto a través de historias concretas: Héctor Abad Faciolince, Juan Gabriel Vásquez, Laura Restrepo, el Evelio Rosero de *Los ejércitos* o el Ricardo Silva Romero de *Río muerto* (2020).

Sin embargo, estas crónicas no beben solo de la tradición colombiana. Conectan con el trabajo de otros escritores cronistas en otras latitudes de América Latina (por poner solo el ejemplo de México, Alma Guillermoprieto, Juan Villoro, Alejandro Almazán); también con líneas de fuerza telúricas que atraviesan las profundidades de la historia de la humanidad, desde los textos bíblicos y la tragedia griega (en especial *Antígona*) hasta visiones contemporáneas sobre la muerte, como las del poeta y embalsamador estadounidense Thomas Lynch, pasando por Juan Rulfo (como en “Compañeros de viaje”, “Volver a nombrarte”) o Wislawa Szymborska.

Pero estas son solo algunas de las fuentes que proporcionan los mimbres para articular con un tono muy personal

la voluntad de contar el horror, pero también la vida, que gritan, por encima de todas las cosas, en estas páginas atravesadas por las historias de las FARC, el ELN, los paramilitares y las milicias, pero también de Carmen, de Eloísa, de Lola, de Chela, de Hortensia, de Claudiano, de Orfalina (y no es casual la predominancia de las voces de las mujeres en las crónicas de Nieto). Un tono que se compone de saltos (o más bien, un fluir constante) de lo individual a lo colectivo, de la Historia a las historias, de la contextualización que ofrece la narradora externa a los hechos crudos, a las hablas directas que provienen de la miríada de protagonistas, testigos, damnificados, sobrevivientes... Un tono que a veces arranca con la tentación de un exceso de lirismo (“Declaración de amor”, “Margaritas para un desconocido”), pero enseguida se objetiva, se vuelve áspero, descarnado, sin por eso llegar a perder la ternura. A través de él, conecta sin florituras las violencias cometidas por los grupos armados con las otras violencias que sufren diariamente las mujeres, esas violencias de género que ella recopila y enumera, en forma de listado, en “Verbos de la infamia”, el texto que cierra este volumen.

En cualquier caso, detrás de todo ello, ante la muerte impuesta por otros, ante el dolor implantado como rutina, lo que está presente de forma constante es la tensión entre hablar o callar, entre esconderse o plantarse, entre el tratar de ignorar y la determinación de recordar.

El último viaje de Edier Adán [...] podría convertirse en el relato dramático de la historia de la Colombia de hoy, pero este no parece ser el momento para narrarlo con toda su intensidad, pues el terror ha enmudecido a los sobrevivientes y, en ese estado, el único testimonio posible está hecho de silencio. (p. 362)

Dice Nieto, hablándonos del cadáver de otro hombre más que “no descansa en paz”: “[...] la contundencia del cuerpo insepulto secó las palabras, congeló el tiempo y silenció hasta los lamentos”. Pero frente a las derrotas y a la humillación de miles de personas llevadas al límite de sus fuerzas y su aguante por unas circunstancias que no han elegido, *Crónicas del paraíso* es más que nada un reconocimiento a la firme determinación de seguir viviendo, pese

a todo; también una invitación a la posibilidad de no rendirse necesariamente a la indiferencia, a la desidia, a la mera supervivencia del más fuerte. Un canto al potencial humano para preservar, a pesar de todo, resquicios de solidaridad, de empatía, de compromiso con el dolor ajeno. Para preservar, en definitiva, algo de dignidad en medio de todo el horror del que, también, somos capaces.

Sergio Colina Martín